

ARIADNA ACEVEDO RODRIGO y PAULA LÓPEZ CABALLERO (coords.), *Ciudadanos inesperados. Espacios de formación de la ciudadanía ayer y hoy*, México, El Colegio de México, Centro de Investigación y de Estudios Avanzados, 2012, 336 pp. ISBN 9786074624106

Los libros colectivos exploran un mismo objeto de estudio desde plataformas distintas en cuanto a perspectiva, espacio, periodización y metodología. Sin embargo, muchas veces, estas diferencias fragmentan al núcleo articulador. Las obras colectivas compilan entonces ensayos de chile, dulce y manteca que, independientemente de la calidad de cada uno, terminan ofreciendo una visión impresionista, cuando no desintegrada, de la problemática que abordan. Los editores de este tipo de obras, cada vez más numerosas, pueden reunir artículos muy sugerentes, pero no siempre logran engarzar los elementos presentados en torno a un hilo conductor dinámico y coherente, que permita explotar de manera provocadora los puntos de coincidencia y las contradicciones. A menudo se supone que esto se debe, más que a la indisciplina de los colaboradores, a un déficit en la organización previa a la edición de la obra: que las instrucciones a los autores no fueron lo suficientemente claras; que les faltó, sobre todo, ser más específicas. *Ciudadanos inesperados* desmiente estos supuestos y por eso es un libro en muchos sentidos sorprendente, tanto en su factura como en su contenido.

El libro es, como tantas otras obras colectivas, resultado de un coloquio. Pero en este caso no hubo, nos dicen las coordinadoras, “marco conceptual previo impuesto ni acordado”. Los autores trabajaron la versión final de sus textos a partir de la conversación académica en la que participaron, y las editoras hicieron un “esfuerzo de generalización posterior” (p. 19). Los artículos que reúne el libro abordan temas y periodos muy distintos, desde los textos y ritos con los que la escuela decimonónica se propuso

forjar ciudadanos, hasta las percepciones y *habitus* de los jóvenes de escuelas secundarias y universitarios que, el día de hoy, utilizan las redes sociales y participan en organizaciones estudiantiles. Los artículos estudian los dilemas morales que sufrieron los indígenas oaxaqueños en la época de la Reforma y la construcción de identidades políticas de los milpalteños preocupados por conservar espacios de reconocimiento a principios del siglo XXI; exploran el significado del traje de los migrantes abajeños hasta la década de 1950 y del de los maestros de las normales rurales en los años veinte; analizan las estrategias mediáticas que, al mediar el siglo, desplegó el gobierno mexicano para convencer a los mexicanos de la bondad de las campañas antipalúdicas, y las que pusieron en práctica los grandes almacenes para seducir a sus “clientecitos”.

Los autores adoptan un enfoque original al indagar sobre los “fetiches” de la ciudadanía —aquellos objetos cotidianos que por su peso simbólico llegan a encarnar, cristalizar y representar la pertenencia y el estatus (p. 23). Este acercamiento responde, entre otras cosas, al uso de fuentes fecundas y poco exploradas: la indumentaria, los discursos rituales y performativos, la propaganda estatal, la publicidad. A pesar de esta diversidad, y de que los autores no recibieron pautas previas, el libro es de una coherencia notable. Los distintos textos se articulan en torno a un eje muy sugerente para explorar y analizar la historia de la ciudadanía como espacio dinámico, cuyos contornos son —en distintos grados— negociables, en el que interactúan normas y prácticas para constituir al “miembro competente de la comunidad política”, a aquel que puede “hablar y actuar en nombre de lo público” (pp. 21-22).

Ciudadanos inesperados se inscribe entonces en una animada conversación historiográfica que desde hace un par de décadas arroja luz sobre la construcción del Estado nación, y el surgimiento y evolución de la política moderna en América Latina.

Abandona definitivamente la trama frustrante —y por definición frustrada— del fracaso de una “ciudadanía imaginaria” ideal, que nunca fue como debería de haber sido, para explorar, como bien apunta Pablo Piccato, no a la ciudadanía —agotada por sus definiciones legales y prescripciones jurídicas— sino a los ciudadanos, como actores individuales o colectivos, cuya subjetividad —percepciones, culpas, ambiciones, ilusiones y deseos— daría forma a sus incursiones en la esfera pública, sin seguir las pautas que exigía la norma legal, y mucho menos el guión que quisiéramos imponerles los científicos sociales.

En este libro, la ciudadanía no es algo entonces que se mide, para ver lo mucho que la distingue de la que los estudiosos creen que se desarrolló, paulatinamente y sin fisuras, en Filadelfia o en París. Es algo que, como demuestran Eugenia Roldán y María Rosa Gudiño, el Estado aspira a construir, por medio de gestos y consignas practicados dentro del salón de clase, o de la exhibición de imágenes heroicas e intimidantes en las películas de propaganda. La autoridad pública ponía así más énfasis en la obediencia que en el sentido de autonomía y derechos que a menudo asociamos con la ciudadanía. Pero sobre todo, la ciudadanía es algo que construyen, todos los días, unos ciudadanos que pueden ser, al mismo tiempo y sin que para ellos esto represente una paralizante contradicción teórica, “fieles católicos”, ávidos consumidores, o migrantes e indígenas orgullosos de serlo.

Los protagonistas de estos textos nos recuerdan la polivalencia de la política y lo político, que no se reducen al Estado y sus andanzas, sino que puede verse, como hacen los miembros de los colectivos estudiantiles de la Universidad Autónoma Metropolitana, también como el debate sobre lo público, como la construcción de consensos, como la administración de los conflictos y como movilización (p. 270). Los textos también subrayan, por otra parte, la importancia de la dimensión individual y cotidiana, el peso de las decisiones y acciones personales en la formación de la

ciudadanía. Exploran así, en la línea de los estudios interdisciplinarios de la más novedosa “historia desde abajo” —o de lo “subalterno” —, las fascinantes —e inesperadas— experiencias de manipulación, adecuación y reinención. Así, unos ciudadanos que muchas veces carecen de las características que se supone exigen las normas y los criterios de los analistas, articulan un repertorio inteligible para ocupar un lugar y moldear los contornos y los contenidos de una esfera pública que resulta, históricamente, altamente contingente, característica que, actualmente, se acentúa quizá, como pone de manifiesto, lo efímero, abigarrado y fragmentado del mundo de los medios digitales que estudia Inés Dussel.

Como espacio de indagación, estas prácticas ciudadanas, sugerentes, coloridas, divertidas incluso, no dejan, sin embargo, de ser problemáticas. Por una parte, el abrir la definición de ciudadanía, el desatar al ciudadano de los vínculos que lo amarran conceptualmente al Estado-nación, permite abarcar la variedad de vivencias que conforman la experiencia humana y que importan a los protagonistas cuando construyen su visión del mundo y su lugar dentro de éste. Constituyen así un sano antídoto para los historiadores que tendemos a la estadolatría. Pero describir como ejercicios o expresiones de ciudadanía las operaciones con las que los actores históricos se construyen a sí mismos dentro de una comunidad desdibuja quizá las lógicas peculiares a las que está sometido lo político.

Así, por ejemplo, Fiona Wilson reseña, en un texto fascinante, la forma en que los migrantes jaliscienses que iban y regresaban de Estados Unidos entre finales del siglo XIX y la primera mitad del siglo XX consolidaron, mediante la experiencia migratoria, un sentido de identidad como mexicanos y lograron, por medio de su indumentaria —el overol de mezclilla que al norte de la frontera distinguía al trabajador—, resquebrajar la jerarquía social local, al construir un nuevo estatus intermedio entre ricos y pobres, entre el pantalón europeo y el calzón de manta. Esta asunción de una

identidad nacional se hace, no obstante —y a diferencia de la interesante evolución del vestido en las escuelas rurales que estudia Ariadna Acevedo— de espaldas al Estado; incluso, en tierra cristera, desde una postura antagónica al proyecto político de la Revolución hecha gobierno (p. 100). ¿Cuáles son entonces las características, los repertorios, las posibilidades de la “comunidad de orden superior” que construyen estos migrantes? ¿Qué contenido dieron estos hombres al “reconocimiento” que como miembros de la nación, como ciudadanos, les era debido? ¿En qué términos y frente a qué instancias lo exigieron? Aquí, el concepto de ciudadanía de cierto modo oscurece la especificidad de la comunidad imaginada que se está construyendo.

Algo similar sucede con el iluminador estudio que hace Susana Sosenski del surgimiento del mercado del juguete industrial en las décadas de 1940 y 1950, y de la publicidad dirigida a los niños que produjo. El discurso publicitario homogeneizó las aspiraciones infantiles por encima de las divisiones de clase, y promovió que el “niño consumidor” coleccionara, escogiera y exigiera, que interviniera, pues, de manera asertiva en el espacio público. Pero aquí se desdibujan, una vez más, las consecuencias políticas de este proceso de transformación. Habría que preguntarse si, en este caso, el leer estos fenómenos mediante la clave de la ciudadanía, sin vincularlos con el Estado y la política en el sentido más tradicional, no oscurece la lógica de unas fuerzas de mercado, en muchos casos transnacionales, sobre las que habría mucho que decir.¹ Quedan por otra parte sin explorar los efectos de la constitución e idealización de este “ciudadano consumidor” en el México del “milagro” y del “desarrollo estabilizador”.

¹ Véase la crítica que hace Fernando Coronil al libro de James C. SCOTT, *Seeing Like a State, How Certain Schemes to Improve the Human Condition Have Failed*, New Haven, Yale University Press, 1999. Fernando Coronil, “Smelling Like a Market” en, *American Historical Review*, 106 (2001), pp. 119–129.

Por lo demás, si este libro hace contribuciones tan significativas se debe también a que la mayoría de los autores adopta una perspectiva “desde abajo”, apuntalada en las aportaciones de la historia social, la antropología y, en menor medida, la sociología. Rescatan con esto las historias de aquellos ciudadanos que la historiografía tradicional condena a la invisibilidad, a la apatía o a las reacciones viscerales frente a situaciones de agresión o de privación. En cambio, estos trabajos muestran la complejidad del *agency* de estos ciudadanos “inesperados”. No queda muy claro por qué se recurre a este término en inglés. Quizá porque es difícil pensar en un término en español que transmita las nociones de acción y poder de forma tan económica. Quizá porque el recurso a esta expresión —como al concepto vinculado, *empowerment*— distingue a quien lo usa como un iniciado en una práctica historiográfica teórica y metodológicamente sofisticada y vanguardista, identificada con ciertas posturas ideológicas.²

Sin embargo, propondríamos que vale la pena traducir éste y otros términos de la jerga académica. No sólo porque hay que evitar códigos crípticos que entienden sólo los que están inmersos en el debate, sino porque nos obliga a puntualizar lo que realmente queremos decir. En el caso de *agency*, es posible que encontremos una expresión en español que sea más precisa y sugerente analíticamente. Si se traduce como “capacidad de acción”, se hace referencia a las iniciativas y acciones de los protagonistas, pero también al espacio en el que éstas podían desarrollarse. Es esencial rescatar las visiones y acciones de los hombres y mujeres que estaban fuera de las estructuras de poder —político, económico, cultural—, pero no está de más reconocer que estos esfuerzos se articulan —de manera sin duda creativa y a veces sorprendente—

² Véase el entusiasta manifiesto de Florencia E. MALLON, “The Promise and Dilemma of Subaltern Studies: Perspectives from Latin American History”, *American Historical Review*, 99 (1994), pp. 1491-1515.

dentro de espacios limitados de manera más o menos rígida por estas mismas estructuras.

Puede afirmarse entonces que vale la pena rescatar ambos aspectos de estos ejercicios de ciudadanía: su enunciación y su efectividad. *Ciudadanos inesperados* hace contribuciones importantes a la forma en que entendemos la esfera pública. Al abandonar supuestos y categorías fijas para analizar prácticas y experiencias, enfocando a los ciudadanos en lugar de a la ciudadanía como objetos de estudio, este libro revela un riquísimo repertorio de vivencias. El mismo tipo de apertura, a un tiempo crítica y pragmática, frente a otros supuestos teóricos y metodológicos, que los autores consideran quizá más afines y más vanguardistas, permitirá sin duda sugerir nuevas y fértiles direcciones para la investigación.

Erika Pani

El Colegio de México

LETICIA REINA, *Indio, campesino y nación en el siglo XX mexicano. Historia e historiografía de los movimientos rurales*, México, Siglo Veintiuno Editores, 2011, 167 pp. ISBN13: 978-607-03-0282-4

Este es un libro *sui generis*: a pesar de ser una obra breve (167 páginas) es de una concepción amplia que intenta dar respuesta a grandes preguntas de la historia y de la sociología, tanto de lo que hicieron y de lo que dejaron de hacer los trabajadores de la tierra, como de las distintas ópticas con que los científicos sociales los han estudiado. Más que un análisis de la compleja interacción de indios y campesinos frente a la nación, esta obra examina una triada: indio-nación-intelectual.

Se trata del resultado de años de investigación y reflexión, un gigantesco esfuerzo de síntesis que, supongo, para la autora debió